

tonces la sensación es de novedad y de extrañeza: los lugares más habituales, vistos desde las alturas, adquieren un aire de ausencia, de ámbito desconocido y casi hostil. El tejido de la calle y las manzanas, de los techos y los patios, de verde y terracota, toma distancia frente a nuestro hábitat cotidiano. Los árboles no dejan ver el bosque y, aunque nunca sobra conocer el bosque, importa más cada árbol, el lugar concreto de nuestro nido de animales sin alas.

Dos libros, un tema, un enfoque, idéntica distribución por zonas y capítulos, ambos publicados el mismo año, con textos introductorios superfluos. Y un formidable contraste, tan diáfano, que se convierten en ejemplo perfecto de lo que puede producirse con profesionalismo y calidad —*Bogotá desde el aire*— y el más claro caso de improvisación y lujo fallido —*Bogotá a vuelo de cóndor*—.

JUAN SIERRA

Oye cómo va mi ritmo

Peter Tosh: el ministro del reggae

Sergio Santana Archibald

Ediciones Salsa y Cultura, Medellín, 1994, 126 págs.

Sergio Santana, sanandresano y amante del *reggae*, se dio a la tarea de intentar recorrer la historia de este tipo de música nacida en Jamaica de raíces afroamericanas. Peter Tosh, cantante de *reggae* asesinado en 1987, es el pretexto para enmarcar la evolución, las influencias y el ambiente en el que creció y se desarrolló esta manifestación musical de los últimos años.

Santana explica que el *reggae* es un híbrido, un sincretismo entre percusión africana, *rock and roll*, *pop*, *jazz*, *rhythm and blues* y *soul*, y sus orígenes se remontan a alrededor de los años cincuenta, cuando el *ska* era ya un género y éste, el *rock and roll* y los géneros mencionados fueron mezclándose, fusionándose, hasta dar forma definitiva, en los

años sesenta, a ese sonido particular, a ese ritmo lento y cadencioso mundialmente conocido como *reggae*.

El texto es un poco confuso y da la impresión de desorganización. Santana salta de una historia breve de Jamaica, tierra de esclavos, a los rastas, la marihuana, la cultura de los extramuros, la tradición folclórica jamaicana, los movimientos de liberación, el rechazo, la religión, elementos todos que finalmente parecen convertirse en un grito unísono y particular, en una música para el mundo nacida en un espacio complejo y controvertido.

Para explicar los orígenes del *reggae*, Santana se remonta a la tradición folclórica jamaicana, que incluye géneros bailables y cantables como la *kumina*, el *quadrille*, el *tambu*, los *worksongs* y el *mento*, entre otros. Este último es una mezcla de géneros autóctonos, de calipso y acordes rítmicos hispanoantillanos. La banda la conforman una guitarra, un banjo, percusión, maracas, clarinete y saxofón y se caracteriza por el acento impuesto sobre el último de los cuatro tiempos del compás. En 1952 decayó el turismo y aumentaron las zonas de miseria, crecieron los guetos, y con ellos una cultura propia, donde se unieron los ritmos anteriores, junto con las bases de los cantos ceremoniales, al son del *burru*, tres grandes tambores de origen ashanti, que incluye además percusión con sonajas y cajas de rumba, acompañadas con un primitivo saxofón. El *jazz* generó una gran influencia en la gestación de los ritmos jamaicanos a partir de los años cincuenta; sin embargo, el *rhythm and blues* logró mayor trascendencia, difundido por las emisoras norteamericanas. La dificultad de conseguir los discos del R&B y la falta de formación musical de los interesados en estos ritmos en Jamaica empezó a su vez a generar cambios; unían a las versiones originales acoples de *jazz*, *mento*, calipso, rasta y *soul*, y se originó entonces el *ska*, que inicia una era de cambios en el escenario musical. Así, entonces, el *ska* se convirtió en una forma original de Jamaica de hacer el R&B, marcando el primer tiempo de cada compás, mientras que en la versión norteamericana los cuatro tiempos del compás tienen la misma métrica. En

el *ska* también se acentúan el segundo y el cuarto tiempos en una estructura conocida como *blues*; proyectada hasta doce tiempos, se pone énfasis en el golpe fuerte en relación con los golpes débiles sin que haya ningún instrumento determinante, mientras que la batería provee una estructura básica de cuatro tiempos.



Sólo desde 1962 el *ska* se consolidó como ritmo nacional y representó de alguna manera la ruptura con la corona británica. A través de este ritmo se empezaron a cantar versículos bíblicos, lamentos del gueto, sermones y temas amorosos y de crítica social. Alrededor de la "cultura" del *ska* se reunieron los jóvenes del *underground*, vagabundos, anárquicos, desempleados y seudodelinquentes, quienes encontraron en este ritmo el camino para expresar su quehacer cotidiano, su vida, sus angustias y preocupaciones. Actualmente el *ska* se considera manifestación folclórica; sin embargo, el *rock* pesado, denominado *new wave*, se basa rítmica y melódicamente en este sonido de arrabal.

El *ska* evoluciona rápidamente, se une a otros ritmos y rompe estructuras para dar origen al *rock steady*, con un ritmo más lento, cadencioso, que da origen finalmente al famoso *reggae*.

Hacia 1968, explica Santana, el *rock steady* fue reemplazado por este nuevo género, y este nuevo ritmo se distanció totalmente de la imitación norteamericana, ganando ya entonces una definitiva autenticidad cultural. No se sabe exactamente de dónde proviene su nombre. Se asegura que *reggae* quiere decir voz de pueblo, o la canción del

gueto; sin embargo, empezó a tomar vuelo y logró afianzarse no sólo en Jamaica sino en el mundo entero. Poco a poco surgieron figuras representativas, como Bob Marley y Peter Tosh, quienes llevaron la voz y el dolor de los habitantes de la calle. El *reggae* se convirtió sobre todo en un ritmo urbano, en el grito de las aglomeraciones. Rompe las cadenas del folclor e intenta cantar la necesidad de derechos fundamentales.

A Peter Tosh se le considera como el cantautor rey del *reggae*; sus mensajes agresivos y radicales terminaron de dar forma a este tipo de expresión. A través de la música se convirtió en líder contra el *apartheid*. Presentando un *reggae* menos comercial pero más progresivo, utilizó el ritmo para exigir sus derechos, la necesidad de rebelión y la importancia de crear un mundo mejor para los negros oprimidos.

Santana reconoce que en su texto faltan datos y es confuso. Sin embargo, es interesante el análisis de las raíces. Cuando llega a Peter Tosh, se desvía y los nombres de las grabaciones y las canciones no dejan ver claramente los caminos que se propone.

JIMENA MONTAÑA CUÉLLAR

“O practicamos el sexo u oramos”

Nuevas lecciones de historia de Colombia

Daniel Samper Pizano

El Áncora Editores, Santafé de Bogotá, 1994, 246 págs., illus.

Hay una conocida anécdota. La mamá se acerca a Danielito y le dice: “Hijo, ¿no te dan vergüenza tus calificaciones en el colegio? ¿No te da vergüenza con tu hermano Ernestico, que es tan buen estudiante y que fijo va para presidente de la república?”. El pequeño la mira extrañado y le contesta con otra pregunta: “¿Y es que te parece poco ser hermano del presidente de la república?”

En el caso de la familia Samper Pizano las cosas parecerían haberse

dado tal como en el chiste, con una diferencia. Es que Daniel Samper siempre fue considerado brillante y fue el que tuvo mejores padrinos —entre ellos el recordado Klim y el expresidente Eduardo Santos— y un mejor porvenir, por lo menos aparente. Yo, sin atreverme a discrepar, sin embargo me atrevo a pensar que de pronto el genio de la familia sea aquel que prefirió vivir en la sombra, ignorado y ¿quién sabe? tal vez feliz. Hace años, en alguna edición del ya olvidado *Cita con Pacheco*, los colombianos tuvieron oportunidad de conocer a esa familia que representa casi el *súmmum* de lo bogotano. Hábiles en la burla, en el gracejo, en el apunte ingenioso, en aquella ocasión, y con un derroche de humor que tal vez sea difícil de entender por los ultrasusceptibles provincianos, el que menos dijo trató a todos sus hermanos de “tarados”, sin que ninguno bajara la sonrisa de la boca. Al contrario, con ripostes y mandobles de redoblado humor devolvían el golpe recibido. Y Daniel no ha sido el menos combativo. Lejos de ello, sus primeras columnas en el famoso *Reloj*, en el diario El Tiempo, sirvieron tanto para divertir al lector, al igual que las de Klim, como para encabezar una temible “unidad investigativa” que se dedicó durante años a “cortar cabezas” denunciando corrupción administrativa y diversos atropellos, también como Klim, aunque sin el humor de éste. Con los años, los libros de Samper se fueron haciendo consuetudinarios (el típico regalo de navidad) y, por qué no decirlo, algo repetitivos y monótonos, así como sus columnas mucho menos combativas y también —acaso sobre recalcarlo— menos humorísticas. Claro está que es difícil ser simpático todos los días y ni siquiera, como en *Carrusel*, todas las semanas. Pero el hecho es que los últimos libros de Samper no tienen la frescura de los primeros. Esto me parece apenas natural. Samper, ahora algo obeso y cada vez más calvo, se integró pacíficamente en las filas de la burguesía, se infiltró en una especie de elite del periodismo internacional y se dedicó a “pasarla rico”, a ser amigo de Quino, de Les Luthiers, etc., a la buena morcilla y al buen vallenato. Su destino me parece mucho más envidiable que el de gober-

nar “el único país del mundo habitado por 33 millones de faquires”. De modo que está en todo su derecho.

Ahora más que nunca, con su hermano como presidente de la república, Daniel Samper olvidó por completo su beligerancia y también las burlas a su hermano, las que quizá no hubieran venido nada mal en este mismo libro, más cuando están de moda los conflictos entre presidentes latinoamericanos y sus hermanos. Lástima grande es que no se haya regodeado con temas como el de la “legalización de la marihuana” y demás proyectos que llevaron de escalón en escalón a su hermano hasta el solio de Bolívar.



Toda esta introducción viene a cuento por dos motivos. Primero, para recalcar que esta serie de *Lecciones de historia de Colombia*, de la que éste es el segundo y definitivo tomo —de la Independencia para adelante (¿o para atrás?)—, es una gratísima lectura que en mi opinión está muy por encima de los más recientes libros de recopilaciones de artículos del autor. Segundo, que la “Imprudencia que hace verdaderos sabios” se dedicó a quemarles los talones a “todos” los que antecedieron al doctor Samper como presidentes de Colombia. Con humor, con saña y a veces con sangre, incluso con mala sangre. Doy algunos breves ejemplos, prefiriendo los más recientes: del proyecto del Guavio asegura el autor que es posible que clasifique para las semifinales de descabros en América Latina; pone al presidente Barco (el hombre que criaba problemas) a cantar el himno nacional (y acaso lo haga mejor que Núñez):